

MARC BLOCH

LA EXTRAÑA DERROTA

Testimonio escrito en 1940



CRÍTICA

MARC BLOCH

LA EXTAÑA
DERROTA

TESTIMONIO ESCRITO EN 1940

Prólogo de Stanley Hoffmann

Traducción castellana de
Santiago Jordán Sempere



CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2003

Primera edición en esta nueva presentación: abril de 2019

La extraña derrota. Testimonio escrito en 1940

Marc Bloch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *L'étrange défaite. Témoignage écrit en 1940*

© Éditions Gallimard, 1990

© de la traducción, Santiago Jordán Sempere, 2003

© Editorial Planeta S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-094-9

Depósito legal: B. 5037 - 2019

2019. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Biografía de Marc Bloch	7
Prólogo	11
Nota del editor	25

PRIMERA PARTE LA EXTRAÑA DERROTA

I. Presentación del testigo	29
II. Deposición de un vencido	49
III. Examen de conciencia de un francés	129

SEGUNDA PARTE

El testamento de Marc Bloch	169
---------------------------------------	-----

TERCERA PARTE ESCRITOS CLANDESTINOS

I. La alimentación humana y los intercambios internacionales en los debates de Hot Springs	173
II. La verdadera era de los jueces	183
III. Un filósofo de grata compañía	187
IV. A propósito de un libro demasiado poco conocido.	193
V. Sobre la reforma de la enseñanza	199
Palabras preliminares de Georges Altman (a la edición original de <i>La extraña derrota</i>)	211

ANEXOS

I. Informe sobre los abastecimientos del 1. ^{er} ejército	223
II. Las menciones militares honoríficas de Marc Bloch, 1915-1940	235
III. A modo de epígrafe para <i>La extraña derrota</i>	237
IV. El general que perdió a su ejército	239
V. Marc Bloch y la U.G.I.F.	241
1. <i>Correspondencia con Jean Ullmo</i>	243
2. <i>Cartas sobre la U.G.I.F.</i>	246
3. <i>Nota de Georges Friedmann</i> <i>sobre la Unión de los Israelitas de Francia</i>	249
4. <i>Firmantes de la carta de Marc Bloch</i>	251

I. PRESENTACIÓN DEL TESTIGO

¿Estas páginas serán publicadas alguna vez? No lo sé. En cualquier caso, es probable que, durante mucho tiempo, no puedan ser conocidas, fuera de mi entorno inmediato, más que bajo capa. Sin embargo, me he decidido a escribirlas. El esfuerzo será duro: ¡cuánto más cómodo me resultaría ceder a los consejos de la fatiga y el desaliento! Pero un testimonio sólo tiene valor cuando se plasma con toda su frescura primera y no me resigno a la idea de que el que aquí presento deba ser forzosamente inútil. Tarde o temprano vendrá el día, lo espero ardientemente, en que Francia verá florecer de nuevo, sobre su viejo suelo ya bendecido por tantas cosechas, la libertad de pensamiento y de juicio. Entonces se abrirán las carpetas ocultas; las brumas, que comienzan a tejer una malla de ignorancia o mala fe en torno al desmoronamiento más atroz de nuestra historia, se disiparán poco a poco; y quizá a los historiadores que se afanan en ver a través de ellas les resulte de utilidad hojear, si logran descubrirlo, este atestado del año 1940.

No estoy escribiendo mis recuerdos. Las pequeñas aventuras personales de un soldado, entre muchos, importan, en este momento, muy poco y nosotros tenemos otras preocupaciones que buscar el cosquilleo de lo pintoresco o del humor. Pero un testigo necesita un estado civil. Antes de hacer balance sobre lo que he visto, es necesario precisar con qué ojos lo he visto.

Escribir sobre historia y enseñarla: ése es, desde hará pronto treinta y cuatro años, mi oficio. Me ha llevado a hojear muchos documentos de diversas edades, para separar lo mejor que he podido la verdad de la mentira; también me ha llevado a mirar y observar mucho. Pues siempre he creído que el primer deber de un historiador, como decía mi maestro Pirenne, es interesarse «por la vida». La atención particular que he prestado, en mis trabajos, a los asuntos rurales, ha acabado de convencerme

de que, sin inclinarse sobre el presente, resulta imposible comprender el pasado; al historiador del medio rural los buenos ojos para contemplar la forma de los campos no le son menos indispensables que una cierta aptitud para describir viejos grimorios. Son estos mismos hábitos de crítica, de observación y, espero, de honestidad, los que he tratado de aplicar al estudio de los trágicos acontecimientos en los cuales desempeñé un papel sumamente modesto.

La profesión que escogí se considera, ordinariamente, de las menos aventuradas. Pero mi destino, común a este respecto al de casi toda mi generación, me echó en dos ocasiones, separadas por un intervalo de veintiún años, fuera de estos caminos apacibles. Además, me ha procurado una experiencia de un alcance en mi opinión bastante excepcional sobre las diferentes facetas de una nación en armas. He luchado en dos guerras. Comencé la primera el mes de agosto de 1914 como sargento de infantería: entre la tropa, por consiguiente, y prácticamente al nivel del soldado raso. Seguí en la guerra sucesivamente como jefe de sección, como oficial de información, adscrito a un estado mayor de regimiento y, por fin, con el grado de capitán, con la función de ayudante de mi jefe de cuerpo. La mayor parte de la segunda guerra la he vivido hasta ahora en el extremo opuesto de la escala: en un estado mayor del ejército, relacionándome con frecuencia con el Alto Estado Mayor. Un periplo a través de las diferentes instituciones y medios humanos que no ha adolecido de falta de variedad, como puede verse.

Soy judío, no por una religión que no practico, no más que ninguna otra, sino por nacimiento. No me enorgullezco ni avergüenzo de ello, siendo, espero, suficientemente buen historiador para no ignorar que las predisposiciones raciales son un mito y la noción misma de raza una absurdidad particularmente flagrante, en realidad, un grupo de creyentes, reclutados, en otros tiempos, en todo el mundo mediterráneo, turco-jázaro y eslavo. Sólo reivindico mi origen en un caso: frente a un antisemita. Pero es posible que quienes se opongan a mi testimonio tratarán de desacreditarlo tildándome de «meteco». Me limitaré a responderles que mi bisabuelo fue soldado en 1793;* que mi padre defendió en 1870 la ciu-

* *Nota de la edición de 1990:* el 13 de octubre de 1941, N. Tsatskin, traductor jurado ante el Tribunal del Sena, certificaba la conformidad de la traducción al francés de la carta en hebreo-yiddish del bisabuelo de Marc Bloch:

dad asediada de Estrasburgo; que mis dos tíos y él abandonaron voluntariamente su Alsacia natal después de que ésta fuera anexionada por el II Reich; que he sido educado en el culto de estas tradiciones patrióticas que los israelitas del éxodo alsaciano han seguido siempre fervorosamente; que, por último, Francia, el país del que algunos estarían dispues-

«Al ciudadano Wolf Bloch, oriundo de Wintzenheim, distrito de Colmar, departamento de Haut-Rhin en Colmar.

En Wintzenheim, sello: DIV.. EJÉRCITO DEL NORTE.

Maguncia, jueves, quinto día del mes de Tamuz del año 5554 (junio de 1793), Saludos a mi querido maestro y padre, de nombre Wolf, de ilustre reputación, y a mi querida madre, su digna esposa, Sarele (Sarah), que Dios les conceda larga vida.

Quisiera comunicarles que estoy bien de salud; quiera el Eterno que lo mismo ocurra con ustedes durante muchos años. [*Dos líneas ilegibles*].... Hemos estado en primera línea, como voluntarios, y los alemanes han abierto fuego contra nosotros. Cómo nos hemos estremecido de terror... y [*dos palabras ilegibles*] nos ha costado diez [?] mil hombres. Y, en esta ocasión, no fue sólo uno, sino [*varias palabras ilegibles*]. Creo que he podido salir ileso gracias a las buenas acciones de ustedes y de nuestros ancestros. Pueden imaginarse en qué estado nos hallábamos. [*Varia líneas ilegibles*].... Hay que decir que, en dos aldeas, la población nos ofreció cerveza y pan. No pudimos detenernos, pues atacamos impetuosamente los oteros de Maguncia. Me alegro de que no estuvieran ustedes presentes. Y Dios, alabado sea Su Nombre, nos dirigió sobre la buena vía. Quiera Él preservar a los judíos de cualquier desgracia.

Estamos ante Maguncia. No todo el mundo tiene autorización para entrar en la ciudad. Hoy hemos dado un paseo con nuestro capitán y nos hemos comprado unas bufandas. Nosotros fuimos los primeros en derrotar al enemigo.

Esperamos, si Dios responde a nuestros votos y nos permite volver a nuestros hogares, no regresar con las manos vacías. No tenemos dinero, aunque de los piojos no nos libramos; pero, gracias a Dios, no necesito dinero. Quiero decirles que, mientras ustedes [*dos palabras ilegibles*] nuestros jardines, aquí también tenemos jardines. No los hay tan bonitos en Colmar. Los hemos destruido considerablemente. Cada día recogemos guisantes y cebollas y buscamos bonitos espárragos silvestres. No podemos no aprovecharlos. Me habría gustado que fueran para ustedes. Tengo que decirles que conozco aquí a muchos israelitas que no disponen de carne. Podemos renunciar a la carne. Si Dios quiere, pronto volveremos [*tres líneas ilegibles*] y todo irá mejor.

Cuando hayamos regresado a casa, les contaremos todo con detalle. Pronto volverán a recibir noticias mías. Mientras tanto, no deben preocuparse.

Espero recibir pronto una respuesta suya, si Dios quiere. No ahorren en gastos de correo porque yo tampoco ahorro en esos gastos. Verán la dirección tal como yo se la escriba. Getschel, hijo de Wolf BLOCH.

Cordiales saludos a mis hermanos Abram, Arón y Herzelé y Vogel; todos me tienen que escribir. Saludos cordiales a mi cuñado Mayer Hersch y a mi hermana la Sra. Gitel, que Dios le dé larga vida, y saludos a todos mis buenos amigos.

Nota del traductor: El original está en mal estado, por lo que ciertos pasajes son poco o nada legibles.»

tos a conspirar para expulsarme ahora y quizá (¿quién sabe?) lo consigan, será siempre, pase lo que pase, la patria de la que no podría desarraigarse mi corazón. He nacido en ella, he bebido en las fuentes de su cultura, he hecho mío su pasado, sólo respiro bien bajo su cielo y, por mi parte, he tratado de defenderla con todas mis fuerzas.

Un joven oficial me decía en el umbral de una puerta de Malo-les-Bains, mientras caían las bombas: «Esta guerra me ha enseñado muchas cosas. Entre otras, la siguiente: que hay militares de profesión que jamás serán guerreros; y civiles, al contrario, que por naturaleza son guerreros». Y añadió: «Le confieso que nunca me lo habría imaginado antes del 10 de mayo: usted es un guerrero». La fórmula puede parecer ingenua. En mi opinión, no es completamente falsa, ni en sus aplicaciones generales, y ni siquiera, si me interrogo con sinceridad, en lo que me toca personalmente. Un médico del ejército, que fue compañero personal en la 4.^a oficina del estado mayor, gustaba de tomarme el pelo amablemente acusándome a mí, viejo profesor, «de tener más que nadie espíritu militar», lo que, por otra parte, significaba simplemente, imagino, que siempre he apreciado el orden entre los mandos. Volví de la guerra anterior con cuatro menciones; pienso que no me equivoco al suponer que, si la entrada inopinada de los alemanes en Rennes no hubiera cortado en seco las propuestas del 1.^{er} ejército, no habría vuelto a mi hogar, después de la presente guerra, sin una cinta más sobre mi guerrera.¹ En 1915, después de una convalecencia, me incorporé al frente antes de mi turno, como voluntario. En 1939, decidí seguir en activo, a pesar de mi edad y mis seis hijos, que desde hacía tiempo me habían concedido el derecho a colgar el uniforme. No me enorgullezco de estos hechos y testimonios: he visto a demasiadas personas valerosas y humildes cumplir con su deber sin aspavientos, mucho mejor que yo y en condiciones mucho más difíciles. Sencillamente, si el lector, más adelante, ante ciertas afirmaciones de una franqueza un tanto ruda, tuviera tentaciones de acusarme de parcialidad, le pido que recuerde que este observador, enemigo de la blanda indulgencia, no se alistó contra su voluntad y no fue juzgado por sus jefes o camaradas como un soldado demasiado malo.

Pasemos ahora al balance preciso de lo que me correspondió hacer y, por consiguiente, ver, en la última guerra.

1. La mención recayó sobre el conjunto de ese cuerpo del ejército (julio de 1942).

Como he dicho antes, en el intervalo que separó las dos guerras, me negué una y otra vez a aprovecharme de las disposiciones legislativas que me habrían permitido escaparme de cualquier obligación militar. Pero, aunque desde 1919 figuraba adscrito al servicio del estado mayor, jamás acepté asistir al menor curso de los llamados «de perfeccionamiento». Desde el principio, reconozco que no tuve razón. Mi excusa es que esos años precisamente coincidieron con el período de mi vida en el que, a pesar de todo, produje lo esencial de mi obra de historiador, lo que me dejó poco tiempo libre. Me consuelo con mi experiencia directa de las campañas: sin duda, su reflejo en la educación de la Escuela de Guerra, que eludí en estas circunstancias, me habría inspirado pocas ideas acertadas. Como el ejército de la época apreciaba por encima de todo a los buenos alumnos, no me perdonó mis obstinados novillos. Llegó a castigarme por partida doble. Era capitán en 1918 y lo seguía siendo en 1938, cuando fui movilizado. No había pasado de capitán en agosto de 1939, pese a una propuesta de promoción firmada por los jefes que me habían visto trabajar; todavía era capitán cuando, el 11 de julio de 1940, entregué el uniforme. Ése fue mi primer castigo, que me dejó sin rencor ni tristeza. El segundo se refirió a mi adscripción cuando fui movilizado.

Pertenecí primero, sobre el papel, a la 2.^a oficina del cuerpo divisionario del ejército: dado que la 2.^a oficina estaba encargada de la información, no parecía, hay que reconocerlo, un empleo demasiado malo para un historiador; después, a un nivel ya más modesto, formé parte del estado mayor de una división de infantería. Pero pronto fui sacado de los cuerpos del ejército para ser enviado a los poco célebres servicios territoriales: en concreto, el estado mayor de un grupo de subdivisiones. En realidad, este grupo tenía su sede en Estrasburgo, que todos consideraban por entonces la primera presa sobre la que se cebarían las bombas alemanas. Habría habido, me parecía, una cierta falta de elegancia eludiendo semejante puesto. Este sentimiento, confirmado con la pereza natural en la que caigo fácilmente cuando se trata de mi propia persona, me impidió tratar de hacer las gestiones que quizá me hubieran permitido encontrar algo. Sin embargo, poco antes de la guerra un amigo se esforzó para hacerme entrar en la 2.^a oficina del Alto Estado Mayor, pero no lo logró a tiempo. De modo que fue al grupo de subdivisiones de Estrasburgo, después de haber pasado por dos breves períodos de instrucción, donde fui convocado primero en septiembre de 1938, a raíz de la alerta

de Múnich, después, por segunda vez, en marzo del año siguiente, por pocas horas solamente (la convocatoria me sorprendió en Cambridge, desde donde tuve que volver precipitadamente) y, por último, el 24 de agosto del mismo año fatídico de 1939.

A fin de cuentas, no he lamentado demasiado esa adscripción. La labor de un estado mayor de un grupo de subdivisiones es bastante monótona. Pero, para examinar de cerca el estallido de una guerra, constituye un buen observatorio. Al menos lo fue durante las dos o tres primeras semanas. La movilización propiamente dicha se efectuaba en gran medida bajo nuestro control. ¿Qué ocurrió después en los demás estados mayores del mismo tipo que funcionaban en el interior de la nación? Imagino que, después de apagada esta primera fiebre, conservaron pese a todo cierto grado de actividad, hecha de un sinfín de papeleo y de numerosos sucesos de interés local. El nuestro, por su parte, abandonó pronto Estrasburgo, replegándose en Molsheim, al pie de los Vosgos, en donde permanecía implantada en plena zona de armas. Cuando el VI.º ejército se decidió, con sorprendente lentitud, por otra parte, a crear sus propios órganos de mando, nuestro cometido, que poco a poco había ido menguando, quedó reducido a casi nada. Vinieron días interminables de embotamiento. Éramos cinco: un general de brigada, un teniente coronel, dos capitanes y un teniente. Recuerdo la escena que formábamos habitualmente, cara a cara en la sala de la escuela donde nos reuníamos, atenazados por el mismo deseo: que un papel, traído por un mensajero inesperado, nos diera al fin la ocasión de redactar un nuevo papel. El más joven de los dos capitanes era el más feliz: ¡se encargaba del reparto de salvoconductos! Un historiador no se aburre con facilidad; siempre puede recordar, observar, escribir. Pero saberse inútil cuando la nación combate es un sentimiento insoportable.

Nuestro general pertenecía al cuadro de reserva. Terminaron por reenviar a este excelente hombre a sus estudios, es decir, básicamente a la pesca con caña. El resto del estado mayor se fusionó con el del grupo de subdivisiones de Saverne. Sin embargo, personalmente sólo pasé dos días en esa simpática y pequeña ciudad, por entonces prácticamente obstruida. Descubrí una forma de acceder a un personaje de primera fila del Alto Estado Mayor. Obtener un puesto mejor «por relaciones» es un acto que poco orgullo puede inspirar. ¿Hasta qué punto era culpa mía, sin embargo, si ningún otro medio se ofrecía para encontrar para mi buena volun-

tad un empleo más útil? Gracias a ese poderoso intercesor, recibí, a primeros de octubre, una notificación de cambio. Se me adscribía al estado mayor del 1.^{er} ejército, al que me incorporé sin dilación en Bohain, en la región de Picardía.

La orden del Alto Estado Mayor me asignaba una función precisa: la de oficial de enlace con las fuerzas británicas. Debía formar parte, con ese cometido, de la 2.^a oficina. Pero al poco llegaron dos capitanes más, precedidos por dos notas en las que se les asignaba, en idénticos términos, la misma tarea que a mí. El jefe del estado mayor juzgó que había un exceso de oficiales y, considerando que sería mejor que los principales órganos del ejército dispusieran de medios propios de contacto con nuestros vecinos del cuerpo expedicionario, nos distribuyó entre las distintas oficinas, con la excepción de la 1.^a, cuya misión, que consiste en velar por los efectivos y la disciplina, no exige abrir demasiadas ventanas al exterior. Por mi parte, fui adscrito a la 4.^a oficina, que se encargaba de la circulación, la mano de obra y los avituallamientos. En principio, conservaba mis funciones anteriores, a mitad de camino entre la información y la diplomacia. Más adelante veremos cómo, lamentablemente y contra mi voluntad, estas atribuciones fueron resultando cada vez más insignificantes. ¿Había de recaer en la ociosidad que tanto había padecido ya? Semejante perspectiva empezaba a desasosegarme cuando el oficial encargado del abastecimiento de gasolina fue adscrito a otro puesto, por lo que fui nombrado para ocupar su lugar.

Así fue como me convertí, de un día para otro, en el gran señor de los carburantes del ejército más motorizado de todo el frente francés. Mi primera reacción fue de pánico, pues comprendía perfectamente que este servicio conllevaría, en las operaciones de ataque, responsabilidades muy graves, e ignoraba hasta los rudimentos. «¡Esperemos que Hitler siga tranquilo unas cuantas semanas!», escribí a mi mujer. Pero no hay, creo, ningún puesto de dirección que un hombre de espíritu un poco claro, trabajando con dedicación, no pueda estar a la medida para desempeñarlo convenientemente. Aprendí lo mejor que pude mi nuevo oficio, para lo cual tuve mucha suerte: conocí, en la persona del comandante del parque de combustibles del ejército, al guía más seguro y más desinteresado. Es la primera vez que inscribo en estas páginas el nombre del capitán Lachamp. No será sin duda la última. El sabor de amargura que me deja esta guerra, mal dirigida y aún peor acabada, hace más queridos los raros

recuerdos luminosos. Encontrar a un hombre que lo es verdaderamente es siempre una alegría; trabajar con él, en una comunidad perfecta de intenciones, y sentir esta colaboración florecer poco a poco en una sólida amistad, es una de las recompensas más preciosas de la acción.

A decir verdad, mis nuevas funciones sólo me tuvieron muy ocupado durante el período de aprendizaje. Tras esta etapa, fui cayendo, como todos mis camaradas, en la vida poco febril de un burócrata del ejército. Es cierto que no estaba ocioso, pero tampoco puede decirse que estuviera muy ocupado, y mis tareas cotidianas apenas me provocaban una escasa dosis de excitación cerebral. Por fortuna, durante algunas semanas, pude sumarles una labor suplementaria, que escogí espontáneamente. Había advertido que teníamos una información absurdamente insuficiente sobre los depósitos de gasolina situados en territorio belga: una carencia temible para un ejército cuya misión, como todos sabíamos, pasaría por penetrar en Bélgica en cuanto los alemanes, por su parte, hubieran violado la frontera. Ciertas relaciones personales me permitieron completar y precisar considerablemente esta carpeta. Fueron necesarios numerosos trámites, pero mi experiencia de los círculos de los estados mayores me fue de gran provecho. En particular, aprendí cómo el personal de oficina dice lo que, en la lengua de cada día, suele expresarse mediante la frase: «meterse en lo que no nos importa». Recordemos que, a fin de cuentas, esta encuesta, que realizaba por iniciativa propia, no correspondía en modo alguno con mis funciones ordinarias. Esto se dice, subrayando la frase con una sonrisa discreta: «tener dinamismo».

Pero esta ocupación duró muy poco. En lo sucesivo me vi reducido a censar bidones o a calcular con cuentagotas las cuotas de gasolina, un día sí y otro también; volví a tener la sensación, quizá errónea, de que no se aprovechaban correctamente mis posibles aptitudes intelectuales y mi espíritu emprendedor. El aburrimiento de esos largos meses de invierno y la primavera de 1939-1940, que carcomió tantas inteligencias, se abatía pesadamente sobre la triste Bohain. Probablemente intoxicado, también yo, por estos venenos sutiles, me empleaba seriamente, lo reconozco, la posibilidad de buscar otra ocupación, o incluso de solicitar la reintegración en mi puesto de la Sorbona después del verano, cuando estalló el trueno del 10 de mayo.

Para ilustrar hasta qué punto fue inesperada, nada mejor que un pequeño recuerdo personal. Me había desplazado a París el 9 con la inten-

ción de llegar, a la mañana siguiente, temprano, a Meaux. Ahí debía obtener del Servicio de Carburantes del estado mayor general varios carnets con bonos de gasolina que yo distribuía a las unidades para que solicitaran sus cuotas de conformidad con el reglamento. Al llegar a Meaux desconocía por completo los acontecimientos que se habían producido la noche anterior. Cabe imaginar la sorpresa de los miembros del Alto Estado Mayor al ver aparecer, en semejante coyuntura, para una misión tan poco bélica, a un oficial venido expresamente de uno de los ejércitos del frente de Bélgica. Después de varios minutos de equívocos, logré comprender el porqué de una acogida tan molesta: justo a tiempo para precipitarme a la estación, cruzar París y subirme al abordaje a un tren increíblemente atestado para incorporarme finalmente a mi puesto.

Me he prometido no contar aquí los pormenores de las tres semanas posteriores. Más adelante llegará el momento de deducir las lecciones pertinentes. Varias imágenes, escogidas entre las innumerables que se me agolpan en la memoria, servirán para jalonar el curso de esas jornadas y de sus noches, henchidas todas de la gran tragedia de la campaña del Norte.

He aquí, en primer lugar, el liceo femenino de Valenciennes, lugar escogido para nuestro puesto de mando inicial, antes del puesto belga previsto en el guión de la maniobra y que jamás ocupamos. Junto a él íbamos a contemplar, con ojos todavía nuevos, las casas destrozadas por el primer bombardeo. Logré escaparme, en dos ocasiones, para efectuar sendos paseos por la campiña belga, una costumbre de mi carácter nómada que mis jefes no siempre aprobaron. El 11 sólo llegué hasta Mons. El 12, mucho más lejos, hasta Nivelles, Fleurus y Charleroi. A lo largo de los caminos, disfrutando del solaz de las fiestas de Pentecostés, los mineros de Borinage, en los umbrales de sus casas, aclamaban a su paso los vehículos franceses. Ligeramente ondulados, engalanados con sus verdos primaverales, los campos en los que, antaño, se batió el ejército de Ney, en torno a Ligny y a Quatre-Bras, eran un placer para la vista. Pero ya aparecían las primeras columnas de civiles expulsados de la región de Lieja, empujando por las cunetas el clásico cochecito para bebés cargado de los pertrechos más heterogéneos; un síntoma más inquietante era que algunos soldados belgas, en desbandada, comenzaban a deslizarse por

las aldeas. Después de las primeras esperanzas llegaron las primeras angustias. Se empezó a hablar de la brecha del Mosa. Tratamos de enviar suministros a las divisiones de la zona, que se habían volatilizado al lanzarse a la batalla. Finalmente, tras el retroceso del ejército hacia el suroeste, el estado mayor se replegó, el 18 de mayo, a Douai.

Allí vivimos, menos de dos días, en una nueva escuela a las puertas de la ciudad. Ya nos habíamos alojado en la escuela femenina de Bohain, por lo que parecíamos destinados a los centros pedagógicos. A nuestro alrededor, las bombas caían como lluvia espesa sobre la estación, las calles principales, los terrenos de aviación. Cada día me enteraba de que un nuevo depósito de gasolina había caído en manos de los alemanes. Se trataba de nuestros hermosos contenedores de Saint-Quentin y Cambrai, con los que habíamos logrado garantizar, enviando los avituallamientos por fases hacia el frente, el suministro de las unidades en combate; nuestros queridos depósitos «de aldea», donde disimulábamos astutamente los bidones bajo los árboles de los parques o los techos de fábricas de cerámica abandonadas, y con los cuales ya no podía contar el ejército. Pronto hubo que volver a hacer las maletas. En un primer momento se había decidido dejarme en el puesto de mando avanzado de Douai. Pero esta misión, como tantas otras en aquella época, sólo duró unas pocas horas, tras las que salí disparado, atravesando una campiña negra, el paisaje de los escoriales, muchos de los cuales, chuscamente derruidos por las bombas, comenzaban a perder la nitidez de sus perfiles, para instalarme en Lens, en nuestra cuarta y última escuela (19 de mayo).

En esta ocasión se trató de un parvulario. Los muebles, fabricados a escala de niños pequeños, nos condenaban a dos tipos de encorvamiento alternativos: la fatiga de la posición vertical, prolongada de manera indefinida, o las contorsiones de un cuerpo sentado en un espacio demasiado estrecho, con las rodillas dobladas a la altura del vientre y aplastadas contra el pupitre. Pero no siempre se podía escoger: si la necesidad de redactar una nota de servicio nos había obligado a sentarnos, costaba esfuerzos ímprobos liberarse de aquella canga. Aquel extraño suplicio, la fealdad del paisaje, la suciedad penetrante de los polvos del carbón, todo parecía hacer eco, en ese triste paraje, a nuestra creciente angustia. El complejo escolar de Lens fue un horrendo puesto de mando, sin lugar a dudas, y ¡tuvo bien merecida su derrota! ¿Olvidaré alguna vez la noche del 20 de mayo? Al anochecer, mientras a lo lejos humeaba Arrás, incen-

diándose, se me acercó el jefe de mi oficina. Me dijo a media voz, señalando con el dedo sobre un mapa escolar la desembocadura del Somme: «¡Los boches están aquí!» Y luego se volvió murmurando: «No se lo cuente a demasiada gente». Yo acababa de pedir comunicación telefónica con el Alto Estado Mayor; reconozco que sólo tras varios intentos comprendí plenamente lo que tiene de desistimiento la expresión trágica «un ejército atacado».

Emigramos poco después (el 22 de mayo) hacia el norte, a Estiaires-sur-la-Lys. Pero la encrucijada era poco segura. Los aviadores alemanes no trataban de bombardear específicamente los estados mayores, y habría sido muy presuntuoso por nuestra parte pedirles que nos evitaran. La primera tarde, una bomba, que no alcanzó directamente el albergue donde nos alojábamos, sacudió con la suficiente fuerza la chimenea y las paredes para cubirnos la ropa, los papeles y las caras de un hollín infecto. Comprendimos la advertencia. En plena noche, una orden de partida me sacó de la cama donde, por vez primera en incontables días y por última ocasión en esa campaña, disfrutaba del agradable sueño que ofrecen unas sábanas de verdad. De hecho, no nos pusimos en marcha hasta bien entrado el día; el arte tan necesario del reposo no se contó nunca entre las virtudes de nuestro estado mayor. Por la mañana, después de recorrer un circuito bastante largo, con objeto, como de costumbre, de atraillar mi parque de gasolina, llegué al castillo de Attiches, al sur de Lille, donde ya se habían reunido mis camaradas (23 de mayo).

Este castillo, situado en un parque hermosísimo, era un edificio pesado y con la fachada adornada por horribles baldosines, amueblado en el estilo nobiliario, sombrío y vagamente medieval que la alta burguesía consideraba a fines del siglo XIX el marco obligado de una existencia pretendidamente señorial. En un rincón del comedor, que era nuestro lugar de trabajo, el dueño había apilado un montón de coronas mortuorias, una delicadeza que se nos antojó prematura. En ese lugar, la tarde del 23, nuestra 4.^a oficina se escindió definitivamente en dos secciones. Una de ellas, dando un paso atrás, se dirigió de inmediato hacia la costa, para organizar los suministros por mar. La otra, la mía, se quedó donde estaba, con el comandante del ejército. La más alejada del frente fue de hecho la que sufrió los bombardeos más violentos. Se trató de una ironía del destino que, en aquel momento, creo, nadie había previsto. Inocentemente, nos considerábamos sin duda más amenazados por las bombas —que, en

realidad, no dejaron de caer en ningún momento a nuestro alrededor— y, sobre todo, más expuestos al cautiverio. Y, dado que el destacamento replegado, aunque estaba formado por hombres de una valentía indiscutible, contaba también con algunos que no mostraban demasiado disgusto por este retroceso, teníamos la sensación de formar, por nuestra cercanía con la línea de fuego, una pequeña sociedad escogida, en la que reinó constantemente una excelente atmósfera de cordialidad y ayuda mutua. Hasta el punto de que uno de nuestros camaradas, un simple teniente de reserva pero, en la vida civil, presidente de una cámara de comercio del norte, tras ser incluido entre quienes debían replegarse al litoral, se negó valerosamente a acatar la orden. El jefe adjunto de nuestra oficina que, en flagrante y extraña contradicción con los hábitos militares más acendrados, acompañaba a la retaguardia a su propio jefe, encajó muy mal una actitud tan opuesta a la suya propia. Rojo de ira, arrastró al rebelde ante las autoridades superiores del estado mayor. Para su gran sorpresa, vio cómo aprobaban ese ejemplo de desobediencia audaz.

A la imagen del comedor de Attiches asocio también otro recuerdo: uno de los más atroces espectáculos humanos, de hecho, a los que me haya sido dado jamás asistir. Toda la mañana vimos en esa habitación, desplomado sobre una silla junto a la puerta, a un personaje que, con el rostro taciturno y la mirada apagada, mordisqueaba un cigarrillo tras otro. No llevaba ningún distintivo claro sobre la manga y los pasantes lo codeaban sin prestarle más atención que al más ínfimo soldado de servicio. Con todo, la víspera era todavía un general de división que encabezaba una de nuestras unidades más brillantes. Pero el general había sido degradado de los puestos de mando hacía pocas horas. Por alcoholismo, se murmuraba, no sé si acertadamente. Esperaba una entrevista con el jefe del ejército, su última entrevista, largamente diferida. Por fin, casi al mediodía, pudo entrar. La conversación duró apenas unos minutos y no volvimos a ver a nuestro huésped de aquella lamentable mañana.

Luego vino (a partir del 26), nuestro último puesto de mando: más allá de Lille, hacia el noroeste, en Steenwerk, un chalet acogedor, claro y de buen tono. En la casa vecina vivía el general Prioux. Acababa de hacerse cargo del mando del ejército en sustitución del general Blanchard, que había pasado al grupo de las tropas de combate. La presión envolvente del enemigo se iba recrudeciendo y empezaba a plantearse la posibilidad de incendiar los grandes depósitos de gasolina de Lille.

Pasé todo el 27 y la noche siguiente tratando de recabar una decisión al respecto. Recibí cuando menos cuatro órdenes y contraórdenes sucesivas. La última, que prescribía la destrucción de todos los depósitos, estuvo a punto de no alcanzar su objetivo. El motociclista que envié partió de noche. No llegó nunca. Cualquiera que haya sido su destino, no tengo derecho a tener remordimientos. Mi deber era garantizar el envío del pliego. Llevándolo yo mismo habría faltado a mi misión. Sin embargo, ¿cómo negar que se me encoge el corazón al pensar que, tras una palabra mía, un mozo valiente fue probablemente en pos de la muerte? La guerra anterior ya me había deparado varios recuerdos de ese tipo: episodios que me obsesionan en ocasiones, durante mis insomnios, hasta que en mí se desvanece toda conciencia. Por fortuna, pude volver a enviar la orden y la hoguera prendió a tiempo.

Justo a tiempo, pues las tropas se replegaban ya del otro lado del Lys y, desde ahí, se dirigían hacia la costa. No en su totalidad, sin embargo. La noche del 28, el general Prioux nos comunicó que, desesperado por proteger la retirada de al menos dos de sus divisiones, había decidido quedarse personalmente en Steenwerk y esperar al enemigo. Sólo conservaría a su lado a unos pocos oficiales, por lo que nos invitaba a casi todos a llegar de noche al litoral, donde seríamos embarcados. Poco después me presenté ante él para confirmar la orden de vaciar, inutilizar y abandonar los camiones cisterna. Significaba privar al ejército de sus últimas gotas de gasolina y no consideré oportuno responsabilizarme de una resolución tan grave, aunque se dedujera claramente de las demás disposiciones adoptadas en esa tesitura. Nuestro gran jefe recorría melancólicamente a largos trancos el vestíbulo de la casa: era un destino ciertamente aciago el de aquel hombre, arrancado al cuerpo de caballería que, según creo, había comandado muy honrosamente, para asumir, en el último momento, la dirección de unas tropas en desbandada y aceptar, en lugar del verdadero responsable de la derrota ¡un ingrato cautiverio!

Después regresé a nuestra villa. A lo largo del día y siguiendo las instrucciones, ya había quemado mis archivos, incluido el cuaderno sobre el que se había recogido, día a día, la historia de mis servicios. ¡Qué daría yo hoy por tener en la mano ese querido cuaderno verde! Lancé igualmente mi correspondencia personal al anafe del cuarto de oficiales —pues teníamos prohibido el exceso de equipaje— y escogí entre mi baúl varios objetos particularmente preciosos o útiles, para llevármelos

conmigo. De hecho, me dejé las tres cuartas partes. Al menos pude cambiar mi vieja guerrera de faena por un vestido en mejor estado. En eso tuve más suerte que el general al mando de la artillería. Este hombre, de gran dignidad, que, como signo de honor tal vez excesivo, quiso permanecer junto al general Prioux, no disponía ya de sus baúles, enviados prematuramente a Dunkerque. Sólo le quedaba la guerrera que llevaba puesta, con un codo agujereado. Se quejaba en voz alta: que lo hicieran prisionero, pase, ¡pero cubierto de harapos! A algunos les parecerá risible; por mi parte, encuentro nobleza en este sentimiento.

Partimos por lo tanto de noche, en una larga y lenta columna de automóviles que se fue deslizando por el territorio belga, pues las rutas francesas ya habían sido cortadas. Cuando empecé a clarear apenas si habíamos cubierto una decena de kilómetros. ¿Cómo logramos escapar a los exploradores motorizados enemigos? Aún hoy no acierto a explicármelo. El hecho es que, a ratos en coche y otros a pie, alcancé, al final de la mañana, Hondschoote. Pero todavía había que llegar a la costa. Auné mis esfuerzos a los del capitán Lachamp, con quien me encontré en esos parajes, para tratar de alcanzar el grueso del cuerpo de combustibles que había salido mucho antes que nosotros y cuyo punto de encuentro era Bray-les-Dunes. Lo intentamos primero en coche por la carretera de Furnes, topándonos, al principio, con puentes ya inutilizados y, luego, sobre la calzada, con un atasco increíble de camiones detenidos en todos los sentidos y en filas de a tres. Por detrás, un oficial de carros de combate, argumentando una misión urgente, reclamaba a voces que le abrieran paso. Empleamos más de una hora en tratar de hacernos un hueco. Encontré por casualidad a un general de división, que me preguntó qué estaba haciendo ahí. Cuando le hube informado, nos ofreció su ayuda y debo decir que lo hizo con mucho celo. Nuestros esfuerzos dieron finalmente fruto. Pero era demasiado tarde para poder seguir adelante —además, ¿quién nos garantizaba que después no chocáramos con nuevos obstáculos?— y, desalentados, no tuvimos más remedio que regresar a Hondschoote.

Cuando caía la noche volvimos a partir, esta vez a pie y por una ruta más directa: un peatón podía colarse por donde jamás habría pasado un coche. Fue una marcha atroz, al menos durante los diez últimos kilómetros, que hubo que realizar sorteando masas amontonadas de camiones apenas visibles en una oscuridad cada vez más densa. Nuestro parque se encontraba efectivamente en Bray. Me ofrecieron cobijo en una casa

abandonada. Incluso me dieron algo de beber. Por desgracia —como bien tuvieron ocasión de comprobar los cirujanos del hospital de Zuydcoote— toda aquella costa, rodeada al sur por pantanos y pólderes invadidos por la sal, estaba a la sazón casi completamente privada de agua, pues se habían roto las canalizaciones. Para saciar la sed no dispusimos más que de un vaso de champaña. ¡Cuánto más habría agradecido mi gaznate un buen trago de agua en una fuente bien fresca!

Dado que nuestro ejército, como tal, había dejado de existir, yo ya no tenía ninguna misión de estado mayor que cumplir. Pero todavía estaban a mi cargo algunas almas. Sin duda, ya no tenía el mando del parque de combustibles ni de sus compañías de camiones cisterna. Sin embargo, había trabajado demasiado con aquellos bravos hombres para considerar que tenía derecho a ocuparme de mí antes de asegurar su suerte, es decir, su embarque. Pues ésa era entonces la preocupación exclusiva de cada uno. Huir de aquella costa maldita antes de que el enemigo doblegara las últimas defensas; librarse del cautiverio por el único camino que seguía expedito, el del mar: la fiebre de la evasión se había apoderado de ese gentío, ahora casi desarmado, que, desde el litoral donde se amontonaba, veía cómo los ingleses zarpaban antes que ellos. Pasé la mayor parte del día 30 tratando de dar a mis «clientes» un lugar fijo en la lista de salidas. Primero estuve buena parte de la mañana en Bray-les-Dunes, atestada de una muchedumbre desordenada de soldados que corrían en pos de sus unidades y de camiones conducidos por chóferes accidentales, que en ocasiones los abandonaban al cabo de unos centenares de metros. Una vez más, me dediqué a regular el tráfico, tratando sin demasiado éxito de asignar una actividad más eficaz a los desafortunados gendarmes, que estaban absurdamente apelotonados, por paquetes, en el centro de los cruces. Luego se me vio en el cabaret «Perroquet», en la frontera belga, sede durante unas horas del efímero puesto de mando de la zona, y en Malo-les-Bains, donde encontré a los principales elementos de mi 4.^a oficina. Pasé la noche en el vivac emplazado en las dunas. Los obuses alemanes acompañaban nuestro reposo. Por fortuna, aquellos metódicos artilleros regaron sin cesar el mismo punto, hacia la izquierda del hotel de Malo-Terminus. Las primeras bombas causaron numerosas víctimas. Después, nadie volvió a pasar por la zona, o atravesaba corriendo. Si hubieran tenido menos puntería, ¡qué masacre habrían perpetrado en nuestros lechos de arena, entre los carrizos!

A la mañana del día siguiente, se me garantizó que mis hombres embarcarían. ¿Cómo podría haber previsto que una bomba había de hundir su barco? Por otra parte, la mayoría —¡aunque, ay, no todos!— fue rescatada. De modo que nada me impedía ahora preocuparme por mi propio destino. Nuestro antiguo subjefe de estado mayor, que ahora nos comandaba, no mostraba excesiva prisa en que sus ayudantes de campo partieran antes que él. Sin embargo, me autorizó a «arreglármelas yo solo», una expresión que no me gustó nada. ¿Me tenía que colar en el lugar de otro? Felizmente, a primera hora de la tarde, la amabilidad del comandante del cuerpo de caballería me permitió obtener, junto a dos camaradas, una orden reglamentaria de misión. Lo único que teníamos que hacer era buscar el buque que se nos había asignado.

Una información equivocada nos hizo atravesar dos veces Dunkerque, de este a oeste y en sentido inverso. Conservo un recuerdo vívido de la ciudad en ruinas, con sus fachadas huecas, sobre las que flotaban humaredas vagas y, repartidos por sus calles, no tanto cadáveres como restos humanos. Todavía resuena en mis oídos el inverosímil estrépito que, como al final de una gran ópera, vino a poblar con sus sonoridades nuestros últimos minutos en el litoral de Flandes: estallidos de bombas y obuses, el tac-tac de las ametralladoras, los disparos de las defensas antiaéreas y, acompañando aquella sinfonía, la cadencia obstinada de la pequeña ametralladora de tambor del borde. Pero tengo que admitir que, al evocar el 31 de mayo, no son las imágenes de horror y peligro las que más huella han dejado en mi memoria. Evoco en primer lugar el momento en que levamos el ancla del muelle. Una admirable tarde de verano mostraba sus mejores galas sobre el mar. El cielo, oro puro; el espejo remansado de las aguas; los humos negros y leonados que se levantaban de la refinería incendiada y dibujaban, junto al litoral, arabescos tan hermosos que podía olvidarse su trágico origen; el propio nombre de cuento hindú inscrito en la proa de nuestro buque (*Royal Daffodil*, «El junquillo del rey»); todo lo que rodeó la atmósfera de los primeros compases del viaje pareció confabularse para hacer más plena la alegría egoísta e irresistible de un soldado que huye del cautiverio.

Posteriormente, después de nuestro desembarco en Dover, realizamos un viaje en tren que duró todo el día por el sur de Inglaterra. Un viaje que me ha dejado el recuerdo de un prolongado torpor, entrecortado por un desfile incoherente de sensaciones e imágenes que, como los episo-

dios de un sueño, afloraban a la conciencia y se desvanecían de inmediato: el placer de devorar con ansia los sándwiches de jamón y queso chéster que nos alargaban, por la portezuela, *girls* de vestidos multicolores o *clergymen* tan dignos como si estuvieran distribuyendo la primera comunión; el perfume levemente azucarado de los cigarrillos que nos ofrecían con idéntica profusión; la acidez de las limonadas; la insipidez de un té cargado con demasiada leche; la dulzura de los céspedes; unos paisajes hechos de parques, agujas de catedrales, las vallas y las rocas de Devon; los hurras de los grupos de niños apiñados en los pasos a nivel. Ante tantas atenciones, mis camaradas comentaban «lo simpáticos que son». Al anochecer volvimos a embarcar en Plymouth para echar el ancla, al alba, ante Cherburgo. Ahí nos quedamos plantados largas horas. «Compréndanlo —nos decían los oficiales del paquebote que nos había transportado, francés en este caso—, los señores de la Prefectura marítima no llegan a sus oficinas antes de las nueve de la mañana». Nos reencontramos, a nuestro pesar, con la Francia militar de la retaguardia. Ya no nos lanzaban vítores; se acabaron los sándwiches y los cigarrillos. En lugar de ello, una vez desembarcados, tuvimos una acogida oficial, seca, un poco desconfiada; por lugar de reposo, un campamento inhospitalario y sórdido, donde las únicas notas amables las pusieron algunas damas de la Cruz Roja. Después fuimos sometidos a un nueva sesión de traqueteo en vagones notablemente incómodos, llegando en plena noche a Caen, donde nadie parecía esperarnos, pero que cuenta, por fortuna, con buenos hoteles e incluso con cuartos de baño.

Cómo se trató de reconstituir, con los restos de un ejército, algo que pudiera ser de utilidad; cómo y por qué no se consiguió en absoluto: tendremos ocasión, más adelante, de reflexionar sobre esta melancólica historia. Después de una larga estancia en Normandía, llegamos el 16 de junio a Rennes. El 1.º ejército ya no existía. Pero su estado mayor, o lo que subsistía de él, estaba bajo el mando del general que dirigía la «agrupación» que se acababa de constituir para defender, según se dijo, Bretaña. El 17, Rennes fue bombardeada por la aviación. Nos encontramos muy alejados de la zona de los impactos y, aunque la tremenda sacudida producida por la explosión de un depósito de chedita, pese a la distancia, al destruir los vidrios de nuestras habitaciones, me inspiró momentáneamente algunas dudas sobre mi forma de calibrar las distancias, me tranquilicé pronto. «Cuán dulce —como dijo el poeta latino—

escuchar la tempestad mientras se reposa sobre la orilla.» Una cita banal, una confesión quizá odiosa: pero, ¿qué soldado, al prestar oídos a los ruidos de un peligro inminente y saber que no le puede alcanzar, no ha sentido, en lo más recóndito de su ser, dilatársele el corazón con un alivio animal?

El 18 por la mañana empezó a correr el rumor de que el enemigo se aproximaba. Nuestra oficina estaba situada en un bulevar de la parte alta de la ciudad. Del otro lado de la calzada, una calle bajaba hacia el centro. Ahí estaba acantonado mi ordenanza. Hacia las once lo fui a buscar para indicarle que recogiera rápidamente mis maletas. Me di la vuelta y, cuando subía por la calle, divisé al fondo una columna alemana que desfilaba por el bulevar y se interponía por lo tanto entre donde yo estaba y la oficina. No se oía un disparo. Los soldados y oficiales franceses miraban. Más tarde supe que cuando los alemanes se encontraban inesperadamente con un soldado armado, se contentaban con obligarle a romper su fusil y tirar sus cartuchos. Hacía tiempo que estaba firmemente determinado a hacer todo lo posible por no caer prisionero. Si me hubiera considerado útil, habría tenido, espero, el valor de permanecer en mi puesto. A falta de cualquier resistencia, mi inutilidad se volvía flagrante; o, más bien, me pareció claramente que mi única forma de seguir prestando servicio, de alguna manera, a mi país y a los míos, consistía en huir antes de que acabara de cerrarse la trampa.

Una tentativa de fuga hacia el oeste —suponiendo que aún pudiera encontrar una ruta libre— sólo habría servido, manifiestamente, para ser atrapado un poco más lejos, en el callejón sin salida de la península bretona. Asimismo, hacia el sur tenía grandes probabilidades de no poder franquear el Loira. Al menos, eso es lo que me dije en aquel momento. Luego me enteré de que, desmintiendo mis suposiciones, los alemanes no ocuparon Nantes hasta el día siguiente. Pero, ¿habría logrado alcanzar dicha ciudad? ¿Cómo? También he pensado que en Brest quizá habría logrado embarcar para Inglaterra. Pero, ¿tenía derecho a abandonar a mis hijos en un exilio indefinido? Sea como fuere, después de unos minutos de reflexión sobre la acera de aquella calle empinada, escogí la salida que me pareció más sencilla y, por lo tanto, más segura. Fui a la casa que habitaba. Me quité la guerrera, y mi pantalón de tela cruda no tenía nada que evocara particularmente el uniforme. Del amo de la casa que, como su hijo, dio muestras de mucha gallardía, obtuve sin problema el présta-

mo de una chaqueta y una corbata. Después de entrar en contacto con un amigo que era profesor en Rennes, pedí una habitación en un hotel. Juzgando que como mejor se oculta uno es bajo su personaje real, inscribí, sobre la ficha que me presentaron, mi nombre verdadero, así como mi profesión. Mis cabellos grises eran una garantía de que bajo el universitario nadie buscaría un oficial. A menos que la *Kommandantur* tuviera la idea de cotejar las listas de los hoteles con la nómina de mandos del ejército. Al parecer, no se le ocurrió. Sin duda, nuestros amos, exultantes, se contentaban con capturar prisioneros.

Pasé así una docena de días en Rennes. Constantemente, en la calle, en los restaurantes, en el propio hotel, me codeaba con oficiales alemanes, desgarrado entre la gran tristeza de ver las ciudades de mi país entregadas al invasor, la sorpresa de una cohabitación pacífica con hombres que, días antes, sólo habría abordado con el revólver en mano y, por último, el placer malicioso de jugarles una mala pasada a esos señores sin que lo sospecharan. En realidad, esta última satisfacción era espúrea. Siempre me ha resultado molesta la idea de vivir en el engaño y, aunque éste habría resultado aprobable, según creo, para los casuistas más severos, a veces me sorprendía comprobar con qué perseverancia sostener la farsa. Cuando volvió a funcionar el tren, me dirigí a Angers, donde tengo amigos, y, desde ahí, llegué por carretera a Guéret, a ver a los míos. De los dulces momentos del «volverse a ver», como dice bien nuestra antigua lengua, no consignaré aquí nada. Me hacen latir el corazón demasiado fuerte para poder hablar de ellos. ¡Que los cubra el silencio!

En estas lindes se ha confinado mi experiencia. Me refiero a la guerra actual, pues la anterior sólo aparecerá como telón de fondo. He participado en el trabajo y la vida de estados mayores de un rango bastante elevado. Ciertamente, no he sabido todo lo que se hacía en ellos. He llegado a ignorar, como se verá, informaciones de máxima utilidad para mi propio servicio. Pero he podido observar, día a día, los métodos y los hombres. En cambio, nunca he visto personalmente de cerca el combate. He tenido contactos demasiado esporádicos con la tropa. Sobre estos aspectos estoy obligado a recurrir, ante todo, a testimonios ajenos, que estuve bien situado para recoger y calibrar. Sin duda, es suficiente para justificar algunas reflexiones, aunque en ningún modo equiparable con

la visión directa, que no tiene igual, si los ojos ven bien, en cuanto a autenticidad y a sabor humano. Por otra parte, nadie puede pretender haber contemplado o estar informado de todo. Que cada uno diga con franqueza lo que tenga que decir; la verdad surgirá de estas sinceridades convergentes.